



# Reflexión sobre la Facultad de Estudios Generales.

Dr. José Arsenio Torres

Distinguidas autoridades universitarias, queridos profesores, colegas una vez, y todavía, en el recuerdo y en la amistad, y queridos estudiantes.

Nada más propio, nada más necesario, que reflexionar, que volver a reflexionar sobre la Facultad de Estudios Generales, su desarrollo, su actualidad, porque esta Facultad se fundó rompiendo moldes, rompiendo tradiciones de inercia y conveniencia profesoral y creando esquemas nuevos que obligaran al estudiante universitario nuevo a enfrentarse a la tradición occidental en términos de sus capacidades básicas de aprecio y de análisis y de crítica. Esta Facultad siempre ha estado en peligro, porque se fundó en contra de intereses creados en los distintos cubículos institucionales de la Universidad. Cuando Don Jaime Benítez, en 1942, asumió la dirección de la Universidad, ésta era una Universidad pequeña, económica y académicamente frágil, con una serie de figuras individuales distinguidas en la Universidad y en el país, pero no tenía una configuración integrada de ofrecimientos al estudiante nuevo, de tal manera, que pudiera familiarizarlo, cultivarlo, prepararlo para las tareas de la ciudadanía, para las faenas de la libertad, para la función de sentirse libres y útiles así mismos, a su familia y a su patria. Un día como hoy, quizás un poco más temprano, en agosto de 1944, irrumpí por primera vez en los predios universitarios, y cincuenta y siete años de aprendizaje, de vida comunitaria universitaria, de enseñanza, de aprendizaje, de servicio social, me dan cierta confianza de que algo debo poder decirles que tenga sentido.

Todas las sociedades de alguna manera insisten en poner a los viejos a decirles a los jóvenes qué tienen que pensar y qué tienen que sentir y cómo deben hacer las cosas, y no hay cosas que los jóvenes rechacen más, que los viejos vengan a decirles cómo vivir la vida. Ellos prefieren a sus pares, a sus panitas, a los de su generación, a los Internet de la historia. Pero los padres, cuando le hablamos a los hijos, tenemos unos intereses creados, porque queremos para ellos lo que quisiéramos sentir que ellos deben aprovechar. Pero con ustedes yo no tengo intereses inmediatos creados que no sean el afecto y la admiración a todo el que estudia, que quiere mejorarse y que quiere contribuir a su familia, a sí mismo y a su país. Así que yo les puedo decir ciertas pesadeces que los padres ordinariamente evitan.

Lo primero que quiero decirles es que normalmente al llegar a la universidad llegamos curiosos, goteando, medio espantados, porque en ella suponemos que hay unas cosas complicadas. Pero llegamos ávidos de que vamos a obtener unas experiencias y unas destrezas para lidiar en la vida con nosotros mismos, con nuestros socios en la comunidad, y andando al tiempo con el País. ¿Cuáles son los recursos que tendría yo hoy, y que comparto con ustedes para entablar una comunicación sobre sus sentimientos, sus pensamientos, su programación universitaria? No hay más que dos: la razón y la experiencia. La razón, la diferencia fundamental entre el hombre y el animal. Decía el viejo Aristóteles que el hombre es un animal racional. Lo que pasa es que no dijo otra cosa, que el hombre es un hombre racional *part-time*; no es racional todo el tiempo, porque hay otros ingredientes en su hechura: el impulso, la pasión, la gratificación instantánea de los sentidos, y eso coloca en un paréntesis bien amplio a la razón. El problema, por tanto, es ensanchar y darle continuidad al ámbito de la razón. Y eso ha hecho el hombre occidental por medio de la filosofía y de la ciencia. La filosofía y la ciencia son las disciplinas racionales, intelectuales, conceptuales que no se comprometen con nada más que la verdad que afirman o que buscan. La experiencia del hombre es variable, depende de su

situación, de su ubicación, de su tiempo, de su espacio y todo su entorno. La razón, por otro lado, que tiene una estructura universal recogida en la lógica y la matemática. La experiencia es variable, y como es variable, es diversa y cambia en el tiempo. Por eso en esta sociedad nuestra se dan hoy por sentadas unas actitudes y unos valores de la juventud y de los adultos que eran impensables en el momento en que yo llegué a la Universidad hace cincuenta y siete años. Por eso, cuando uno apunta y señala y cuestiona y critica, el sociólogo nos dice: "no ha lugar." Porque se trata de que hablemos en la Universidad del cambio social y resulta que éste en verdad ocurre, no es una categoría vacía. El cambio social ocurre y transforma las constelaciones de valores de los individuos y las sociedades y, ¿qué queda para juzgar el valor de esos cambios? Lo que retemos de ellos y lo que debemos rechazar, lo descontamos, queda lo de siempre, pero queda la inteligencia, queda la razón, y la universidad es el templo de la razón, es la casa de la razón y en donde se apuran, se refinan, se combinan, se integran los elementos de la realidad externa que la razón puede organizar para que la vida humana, además de puro cambio vertiginoso sea también una serie de constantes, enseñables y aprensibles. Y esa es la educación general, ese es el fondo filosófico que convalida la educación general como la educación para la descondicionalización del hombre, para liberarlo de esos cambios que se le imponen, para que pueda apreciar los cambios, evaluarlos, decidirlos. Por eso afirmamos, es la educación que cultiva las artes de la libertad, de la libertad de espíritu, de actitudes frente a lo social heredado. Cada uno de nosotros, de ustedes, y yo, cuando llegué a la Universidad como llegan ustedes hoy, somos unos entes individuales sujetos a unos racimos, a unos manojos de circunstancias sobre las cuales no hemos tenido nada que decir. Déjenme decirles cómo me paso a mí.

Yo era hijo de una familia numerosa y pobre de Aguas Buenas y de Barrio Nuevo de Bayamón. Aunque les dañe las expectativas, soy el número catorce en mi casa y supongo que mis padres siempre quisieron tener un profesor

universitario, o senador, o Secretario de Educación en la familia, e insistieron hasta que lo consiguieron, naturalmente. Llegamos a Bayamón para ir a primer grado en la Escuelita Antonio Rivera Rodríguez de Barrio Nuevo, que es el nombre de mi abuelo materno. Hubo que construirme un taburete especial allá en el fondo del salón a los siete años, porque no había cabida, no había espacio. Seguí de grado en grado, llegué a Bayamón tras miles maromas económicas, que yo no sé cómo lo lograron mis padres. Pudieron enviarme a la Escuela Superior de Bayamón, y estando yo en la escuela superior tenía la total seguridad, de que yo vendría a la Universidad, ¿Con qué? No tenía la menor idea, pero yo sabía que iba para la Universidad. Déjenme adelantarle que estando en la Universidad, para graduarme en el 1947, yo tenía igual seguridad de que iría para los Estados Unidos a estudiar en una buena universidad. No tenía una perra prieta en el bolsillo, pero yo sabía que estaban pasando cosas en Puerto Rico. Además de en mi biografía, también habían pasado cosas en la biografía del País y que a las limitaciones, a la pobreza, a la cerrazón de horizontes, le habían añadido esperanzas mediante nuevas políticas públicas de este país. A partir de 1941, a la pobreza objetiva de la juventud se le añadieron una serie de facilidades, de oportunidades, de horizontes posibles, que sólo exigían dos cosas. Una, que la tienen todos ustedes, como la tuve yo, inteligencia suficiente, nada de genio, sino inteligencia suficiente, la que también tienen ustedes, como la tuve yo. Pero sobre esa inteligencia, una voluntad, una capacidad de trabajo y perseverancia, una dedicación, una decisión de que yo voy a mandar sobre mi vida y no me la van a mandar desde ningún otro sitio. Y para eso hay que prepararse, para eso hay que adquirir las destrezas de la libertad, que es la capacidad de uno realizarse su propia vida, con sus propios instrumentos, con sus propios recursos. Fue así que llegamos a la Universidad, llegamos a la escuela graduada y llegamos a otros sitios a los que yo he llegado y que ustedes pueden llegar, porque tienen la inteligencia. Lo otro yo no sé, cada uno se lo contestará a su manera.

Pero déjenme advertirles, sin embargo, que en el camino hay profusión de enfuscaciones, hay muchas sirenas que los invitan a sus playas, hay mucha pachanga, y mucho periqueo. La edad en que ustedes están es la edad de la independencia de los padres, aunque no la soberanía total. Yo siempre recibo, con una sonrisa de comprensión, ciertas llamadas de la Universidad de Loyola, donde está mi hija menor, mí último proyecto, y las llamadas son casi todas del mismo mensaje. "Se me acabaron los chavos." Así que se trata de una autonomía, no de una soberanía total, porque para eso todavía no estamos listos. Pero como ustedes, están físicamente separados de ellos, están en Río Piedras o en Arecibo o en Mayagüez o donde sea, no hay duda que hay una latitud de relativa independencia para ustedes vivir sus vidas, pero hay muchas tentaciones en el camino que se tragan el tiempo, que se tragan el foco, que se tragan el centro de atención, aunque se pueda decir que la inteligencia está ahí y la oportunidad existe.

Nadie en Puerto Rico que tenga una inteligencia normal se queda sin estudiar en el día de hoy por falta de oportunidad. Ahora la inteligencia individual, especialmente la voluntad, eso no se lo puede dar el Estado, ni la Fundación, nadie se lo puede dar, eso usted tiene que trabajarlo y mientras más lo trabaje más exitoso será y mientras más lo practique, más lo perfecciona, porque es un hábito. Y la experiencia, que es la otra maestra del ser humano además de la razón, le va diciendo que mientras más se practique ese hábito de la dedicación, del estudio, de la perseverancia, del echar a un lado los enfuscamientos, los periqueos, las pachangas, los panitas más se asegura su éxito. Eso depende con quien se asocie usted en la Universidad, si se asocia con los que pueden mejorarlo o se asocia con los que van a desgarrarlo, a sacarlo de órbita, a sacarlo del foco que le produce un futuro realizable y útil. Porque, ¿a qué venimos a la Universidad? Yo no concibo la Universidad como fábrica de operarios para las industrias, o el comercio, o el turismo, o lo que sea. La Universidad es para cultivar los seres humanos, para las personas. No para

producir desde peones hasta ingenieros, que alguien también tiene que producir, porque la economía esta ahí y lo requiere, pero sobretodo tiene que producir personas completas, integradas, por eso la pregunta es: ¿a qué venimos? Y, ¿por qué estudiamos? Yo creo que en el fondo el viejo Aristóteles, y lo cito otra vez, dijo unas cosas muy profundas en frases muy cortas. Dijo que todos los seres humanos desean saber por naturaleza, que saber es mejor que no saber. De eso tenemos evidencia cotidiana. Cada vez que un disparatado por ahí suelta una tontería decimos: es mejor saber que no saber. El problema es que los que no saben insisten en dirigir a los otros, y ni se dan cuenta ni preguntan.

Recuerden, pues, que vinimos a aprender, a aprender a saber, porque es mejor saber que no saber. Pero, como no somos espíritus puros, angélicos, tenemos impulsos, pasiones y voluntad de gratificación. El contrapelo de ello, tenemos que ser productivos para nuestra vida, nuestra familia, nuestra patria. Tenemos que adquirir destrezas útiles, intelectuales, prácticas, tecnológicas, morales para la convivencia y para una vida buena. Porque el propósito de la sociedad, decía el viejo sabio, era vivir. Pero uno se queda en ella para vivir mejor, y ustedes vienen a la Universidad para vivir mejor y eso le plantea a las autoridades universitarias el terrible problema de qué van hacer con ustedes. Ahí es que llegan los currículos y los colegios, y los departamentos.

Antes del Bachillerato General, los estudiantes tomaban dos años de disciplinas generales, humanidades, ciencias sociales, biología, física, español e inglés y entonces buscaban el resto de los ciento veinte créditos por el ámbito universitario, a la carta. El Bachillerato lo que hizo fue reconceptualizar, reconfigurar la oportunidad de formación en términos de unos cursos de integración y luego por toda la Universidad la persona podía ir a buscar el curso que le interesara, pero se aseguraba que por los menos, por los primeros dos años, los dos cursos integracionales de a dos años; Organización, Métodos y Principios del Conocimiento y Grandes Obras del Pensamiento Occidental, le daban una experiencia integrada, de acceso relacional a todo lo mejor que se

había pensado y hecho en Occidente Griego del Siglo V hacia acá. Ahora, esa decisión no la pueden hacer ustedes, porque ustedes no hacen el currículo. A ustedes, les nombran los presidentes, los rectores, los directores, los directores de departamento y le dan los currículos y sobre eso ustedes no tienen nada que decir y en parte no tienen nada que decir porque usted no saben nada de eso. Por eso están estudiando. Y en la Universidad, peligrosamente, se ha formado una ideología de un populismo bobo que quiere decir que las decisiones hay que dejársela para que las hagan los que no saben. Los que vienen a la Universidad a aprender un día las podrán hacer, pero en lo que ellos aprenden, se las hacen otros y Dios quiera que las hagan bien. Ustedes, lo que tienen que hacer es dedicarse a lo suyo y, ¿qué es lo suyo, en ese nivel? Miren, la Universidad está llena de personal docente. Todo el que está en lista porque cobra por enseñar un curso, es personal docente. Pero entre todos ellos busquen a algunos maestros que le digan algo a su espíritu, a sus ansias, a sus aspiraciones, a su potencia y que los dirijan, que los inspiren, que les modelen lo que usted quisiera ser.

Agradezco haber conocido a varios “maestros” en la Universidad de Puerto Rico desde el primer día, pues tuve media docena de ellos, miren que tuve muchas docenas de personal docente. A la media docena de “maestros” que seguí en los cuatro años, los seguí por donde quiera que andaban, donde quiera que ellos aparecían en cursos, allá iba yo. Me enseñaron a leer y a escribir, y usted diría, bueno, pero eso fue allá en la escuela primaria. No, que va a ser, ni en la escuela superior, eso se hace bien hecho en la Universidad donde hay criterios científicos demostrados por la experiencia y donde los modelos son el mejor texto, es el mejor texto, el modelo.

No hay manera, que yo tuviera la noción que llegué a tener de las Ciencias Sociales y la Filosofía, si yo no hubiese tenido clases con don José Medina Echevarría, un sociólogo español, la mente más clara y más culta que ha venido de España a Puerto Rico. En la Universidad de Chicago me encontré con un personaje igual, de la misma edad, murieron más o menos en los mismos

años, Richard Mc Kone, el gran aristotélico que me enseñó a leer filosofía, a hacer las preguntas pertinentes, a definir problemas. Esos son dos maestros, pero supongamos que tuve seis. Consíganse algunos maestros, de esos que son la síntesis de la sabiduría que quieren llegar a tener. Si tienen éxito en esa gestión, tienen una ventaja que corta a través de todas las otras consideraciones.

En el año que yo nací, en el 1926, y espero que ahora no me saquen las ciertas aritméticas de rigor, Don José Ortega y Gasset publicó un libro en España que tituló la Rebelión de las Masas, vayan y búsquenlo. Por muchos años mucha gente resintió aquel libro, y decían, bueno este es un aristócrata, este es un elitista, este es un gran señor allá arriba encaramado en las cumbres académicas de España y América; y realmente todo el que no esté a su nivel él le llama masas. Y eso no es así, tan no es así, que acaba de publicarse un libro por Jack Barsun, un historiador y filósofo de la cultura de la *Universidad de Colombia* titulado Desde los Albores a la Decadencia: de 1500 al 2000, en el cual afirma que la persona que mejor captó la evolución de la sociedad moderna, en sus tendencias a la decadencia, fue don José Ortega y Gasset.

La distinción de minoría y masas que hacía Ortega es sencillísima. La minoría, el hombre minoritario, el hombre que se manda a sí mismo —y la mujer, naturalmente— antes de mandar a otros es el hombre y la mujer que se exigen a sí mismos, la óptima realización de sus potencias. El que no se exige nada, el que mira para el lado, para que le den los valores y los patrones de comportamiento, el que depende de la psicología del grupito, del porque todos lo hacen, para ningún sitio que va, que no sea el peonaje: el peonaje intelectual, el peonaje social, el peonaje espiritual lo guiarán toda la vida y le dirán qué es lo que tiene que hacer y le diseñarán las diversiones y la cultura popular y todo, porque esa masa pasiva no se exige excelencia. Y si ustedes están en la Universidad es porque tienen la capacidad para la excelencia, de lo contrario ya los exámenes, con todo y lo deficientes que son, los hubiesen eliminado en el camino. Si



ustedes están aquí hoy es porque tienen la capacidad para ello, el problema es si van a tener la mentalidad de la minoría que se manda así misma, y a los otros si es necesario, o de la masa que sigue. No se trata de una discriminación económica, porque entre la gente rica hay muchísima gente masa que no se exige nada y que vive de los accidentes de las herencias y que son espiritualmente torpes.

La oportunidad de estar en la Universidad y en el Bachillerato General, como un esfuerzo de integración, para mirar en grande la naturaleza, la historia, la sociedad, las artes, esa oportunidad hay que combinarla con una voluntad de excelencia, de exigirse más. Entonces, ¿qué es lo que pasa cuando usted tiene esa capacidad y no se exige más, por qué eso toma tiempo y trabajo? ¡Bueno!, pues no lo haga. El tiempo pasará igual que si lo hubiese hecho. El tiempo pasará y terminará de peón espiritual, en vez de líder de cabecera, de guía, de visionario, si es necesario, y no hay terceras alternativas. Mientras tanto, profesores y estudiantes del Bachillerato, recuerden, esta Facultad se fundó y el Bachillerato General lo fundamos en 1955, a contrapelo de los intereses creados de los departamentos y los cubículos institucionales y desde entonces la están velando para destruirlos. ¿Ustedes saben, por qué no la han podido destruir? Porque no saben cómo. La han chapuceado, la han arrinconado, le niegan recursos para ver si la destruyen para ir cada uno entonces a cultivar sus jardincitos, sus cubículos individuales, para que nadie le dé cuentas a nadie.

El Bachillerato está fundado en la necesidad de que unos profesores se rindan cuentas unos a otros y les rindan cuentas a los estudiantes de lo que están haciendo. Por eso fundamos, junto al Bachillerato, el Seminario de la Facultad donde don Ángel Quintero Alfaro y yo reuníamos a los profesores de toda la Facultad de Estudios Generales a leer textos, para sacar de aquellos textos orientaciones pedagógicas, para saber lo que estábamos haciendo y decidir si lo cambiábamos o no. Por aquí desfilaron, por esta Facultad y por el Bachillerato y por el Seminario, las figuras primeras de la intelectualidad

académica norteamericana de los años 1950 y 1960 empezando por Richard McKeon, el maestro que les mencione, Joseph Schwartz, Herbert Feigl, el filósofo positivista, Philip Frank, el otro filósofo positivista, Robert Redfield, el gran antropólogo norteamericano, Warner Wick, otro filósofo también de Chicago. De donde quiera que estuvieran en el país, allá los íbamos a buscar y los traíamos aquí por dos meses, o por un semestre, para exprimirlos, exprimir su experiencia, su conocimiento y compartirlo con la facultad.

A esta Facultad siempre la han estado velando para matarla. No se dejen emboscar, estén atentos, porque ustedes mañana o pasado estarán en una de las dos posiciones de las que le he hablado, gracias al cultivo que reciban ahora. Serán minorías, serán líderes, serán dirigentes o serán masas. Y a la masa hay que darle, por humanidad, servicios, oportunidades, facilidades para que vivan una vida decente, para que sus hijos salgan de la masa, pero no tanto como el amor para hacerse masa uno mismo. Ustedes tienen una apuesta con ustedes mismos. La inteligencia la tienen, ¿tendrán la voluntad? Y además, y esto va para la facultad, ¿tendrán la oportunidad de una educación racional? Y digo racional y la subrayo cuatro veces, porque ese mundo por ahí, está lleno de musarañas, de todo tipo, contra la ciencia y la razón. Y la ciencia y la razón son los únicos instrumentos del progreso humano verdadero. Lo otro es la vida menoscabada, la vida pobre en todos los sentidos. Yo confío que ustedes no vinieron a la Universidad a estudiar para eso. *¡Buena Suerte!*